



CAPÍTULO XX

Desmoralización de los ejércitos de Extremadura y Centro: se suceden á Castaños en el mando de éste, la Peña y el duque del Infantado en Cuenca: el ejército de Extremadura se retira hasta los confines de Andalucía; trasládase la junta Central á Sevilla. — Cuasta llama á Badajoz el ejército de Extremadura: muere Floridablanca, y le reemplaza el marqués de Astorga en la Junta: variación en su conducta: aspecto siniestro de la guerra. — Un ejército inglés entra en España: Napoleón marcha contra los ingleses: retiranse éstos cometiendo excesos á Galicia: encuentro de Cacabelos: batalla indecisa de la Coruña: embárcanse los ingleses: retirada de la Romana hácia Portugal, y sumisión de toda Galicia. — Castigos injustos de Napoleón en Valladolid: vuélvese á Francia alarmado por las noticias del Austria.

La serie de reveses que acabamos de describir produjo su ordinario efecto en los ejércitos: el desprestigio de los generales, el desorden y la desmoralización en las filas.

San Juan, guarecido en Segovia despues de la derrota de Somosierra, se ocupó con Heredia en recoger dispersos, uno y otro ansiosos de volar en socorro de Madrid. La incorporación del vizconde de Gante les precipitó á poner en obra su deseo; pero al estar cerca ya de la capital, llególes la noticia de la capitulación, y el terror que por sí sola causó en las filas fué tal, que todo el ejército se puso instantáneamente en completa dispersión. En vano San Juan y Heredia se esforzaron por contenerla; sordos á la voz de sus jefes, los soldados se desparramaron por los pueblos en pequeñas partidas, llevando consigo la desolación y el espanto. Coronó el desorden el asesinato de su mismo general San Juan en Talavera, punto designado para la retirada, habiéndose esparcido la voz de que habían sido vendidos por sus jefes. Guiados

por un fraile del convento en que se había alojado á la celda en que reposaba, lo desarmaron del sable con que por un rato defendió su vida valerosamente, lo mataron y arrastraron su cadáver, concluyendo por colgarlo de un árbol en un paseo público para acribillarlos allí ferozmente á balazos.

En el ejército del centro sucedían escenas semejantes. Llamado, como hemos dicho, en socorro de Madrid, pudo llegar penosamente, hostigado por el general Maurice Mattieu, á Sigüenza, donde cambió de caudillo, habiendo nombrado la central á Peña en sustitución de Castaños. El tiempo debía justificar la circunspección de éste en no aventurar su mal organizada hueste en empresas de dudoso éxito.

Aunque reducida á ocho mil hombres, el nuevo jefe no vaciló en ejecutar las órdenes del gobierno yendo á reforzar á San Juan en Somosierra. Pero al tomar este camino supo que el paso había sido ya forzado; tomó el de Guadalajara, y en el tránsito supo su rendición;

quiso acogerse á los montes de Toledo, y supo que el enemigo había llegado á Aranjuez; de modo que, hallando cerrados todos los pasos, tuvo que ladear para acogerse á las sierras de Cuenca con objeto de reparar sus fuerzas.

Creció con estas marchas y contramarchas el enojo del soldado, produciendo en Mondéjar escenas que si bien de distinto espíritu, hubieran terminado como las del ejército de San Juan en Talavera. En aquel punto, marchando las divisiones primera y cuarta regidas por el conde de Villariego, para Yebra, se presentó á este general el teniente coronel de artillería D. José Santiago, diciéndole que las tropas no querían ir á Cuenca sino á Madrid á pelear con los franceses, y le habían elegido á él por caudillo; cargo que no aceptaría sin saber antes si él se negaba á conducirlos. Las reconvenções de Villariego hicieron desistir por el pronto al imperioso demandante; pero los artilleros sublevados volvieron sus cañones contra el resto de la división resistiéndose á continuar la marcha, y mientras unos pedían ir á Madrid y otros á Despeñaperros, llegó la orden del general en jefe para separar las armas, á fin de cortar la conspiración. Era precaución insuficiente ya. Al día siguiente (8 de Diciembre) se renovó en Tarancon el alboroto en el trozo que había quedado al mando de D. Andrés Mendoza; quien conociendo su escasa fuerza moral, entregó el mando al conde de Miranda. Éste, llamando al Santiago y reteniéndole junto á su persona, consiguió que los insurrectos, privados de su caudillo, continuasen el camino de Cuenca, donde, sometido á un consejo de guerra, fué fusilado el 13 de Enero en unión de un sargento y un cabo de su arma. Con todo, Peña creyó que su continuación en el mando mantendría vivos los rencores, y celebró en Alcázar de Hueten un consejo para proponer la entrega del bastón al duque del Infantado, quien consintió en admitirlo, así como la central en aprobarlo, pasando por tales irregularidades y desorden en fuerza de las circunstancias.

La división de Grimarest llegó en peor estado moral todavía, bastando una sola embestida de Mont-Brun en Santa Cruz de la Zarza para ponerla en revuelta fuga.

En aquella larga y penosa retirada sólo un trozo de la división de Cartaojal, que había quedado cortado en la sierra de Cameros, sostuvo el honor adquirido por el ejército en la primera campaña. Bajo la conducta del conde de Alacha, marcharon aquellos soldados por espacio de veinte días, casi siempre á la vista del enemigo, por enriscadas veredas y ásperas montañas, mal vestidos, descalzos y con escaso alimento, hasta unirse al cuerpo principal, que no los vió llegar sin asombro, habiéndoles contado ya por muertos ó prisioneros.

La irritación causada por los reveses de la guerra también produjo en los pueblos sus lamentables consecuencias: en Ciudad-Real fué apresado, pasando de tránsito, un canónigo de Búrgos, tildado de enemigo de Godoy, y sin consideración á sus ruegos y edad murió asesinado; tuvo igual fin el antiguo ministro de Hacienda de Carlos IV, Soler, atravesando arrestado por Malagon; en Extremadura cupo la misma suerte á varios prisioneros; efecto ordinario de la exasperación de las pasiones en las grandes crisis políticas, en el cual hay que consentir por más que el corazón se indigne y la razón lo condene.

No ignorando Napoleón el estado de nuestros ejércitos y el provecho que de él podía sacar, no se descuidó en mandar en su seguimiento con poderosas fuerzas á sus generales: Bessières fué enviado á Tarancon; Víctor con Milhaud y Lassalle, á Aranjuez y Toledo; Lefebvre á Talavera.

El ejército de éste se componía de veintidos mil infantes y tres mil caballos, contra los cuales ¿qué podía intentar la tropa desbandada que allí teníamos? Había sido puesto á su cabeza, en reemplazo del desgraciado San Juan, poco antes destituido por la central, Galluzo, cuyo primer conato fué naturalmente restablecer el orden y la disciplina. Pero no le dejaron tiempo. No había hecho más que trasponer el Tajo, situándose en Aldea Nueva y expedir columnas para ocupar sus principales puentes, los de Cardenal, Almaráz, Conde y Arzobispo, cuando se hallaron con el enemigo encima; de suerte que del último ya no pudieron los nuestros apoderarse. Conociendo Galluzo su compromete-



tida posición, después de algunos choques sin resultado, se replegó á Jaraicejo, y de allí á Trujillo, donde un consejo decidió retirarse hasta la sierra que separa la Extremadura de Andalucía, por Zalamea, pueblo veintitres leguas distante. Llegaron allí nuestros soldados el 28 de Diciembre en el mismo estado de demoralización en que los halló su general y que hacía imposible ninguna tentativa para contener al enemigo; el cual el 26 estuvo ya en Trujillo, dueño, si los sucesos que sobrevinieron se lo hubiese permitido, de correr y avasallar á toda Extremadura.

El movimiento hácia el Mediodía de Galluzo tenía por objeto proteger á la junta central, que en Trujillo había acordado no ir á Badajoz, sino á Sevilla. En el tránsito las autoridades extremeñas le rogaron que dejase en la provincia por capitán general á Cuesta, que le seguía en clase de arrestado por haberse atrevido á prender arbitrariamente á dos diputados de la junta, Valdés y Quintanilla. Resistióse éste hasta que el descubierto en que dejó á Extremadura la retirada de Galluzo, levantó contra él los clamores de los pueblos. Cuesta, repuesto, llamó á Badajoz al ejército retirado en Zalamea, para emprender la necesaria tarea de su reorganización; disposición que, por ser harto conocidos sus resentimientos con la junta, se atribuyó, más que á una condescendencia con el país, que acababa de reponerlo en el mando, al torcido designio de dejar á aquella expuesta á las escursiones del enemigo.

Llegó la junta á Sevilla el 17, siendo allí, como en todo el tránsito, recibida con señaladas muestras de entusiasmo. Mirada hasta entonces con frialdad por su poca energía y actividad, defectos consiguientes á la heterogeneidad de su personal, había hecho cambiar algo la opinión en su favor con la prueba de españolismo que había dado quemando por mano del verdugo la invitación de los ministros de José. Los desastres, la experiencia del gobierno, el conocimiento que adquirió del espíritu público en su viaje, y por último, la muerte de Floridablanca, rémora para toda reforma que pudiera alimentar el entusiasmo de los pueblos, ejercieron, aunque leve, un favorable influjo en

su conducta posterior, tanto en lo político como en lo militar. El marqués de Astorga, que entró en reemplazo de Floridablanca, estaba más en armonía con su siglo.

Pero el aspecto que entonces ofrecía la nación era triste y desconsolador: el ejército de Asturias y Galicia disuelto; el de Extremadura desorganizado; el del Centro arrinconado en Cuenca; los generales en abierta pugna; los pueblos, si no desalentados, llenos de inquietud y disgusto, el poder supremo peregrinando; y por último, el ejército inglés, su más inmediata esperanza, inmóvil en los acantonamientos que había tomado, sin querer moverse en auxilio de la causa que había venido á apoyar.

El gobierno británico, expulsado Junot de Portugal, había, por fin, accedido á que veinticinco mil hombres de aquel ejército, y diez mil que embarcaría en sus islas, viniesen á España. Estos arribaron á la Coruña el 13 de Octubre, al mando de Sir David Baird; mas la junta de Galicia, insistiendo en su propósito de no aceptar la cooperación de los extranjeros, estorbó su desembarco, pretextando necesitar el consentimiento de la central. Los de Portugal llegaron un mes después á Salamanca á las órdenes de Moore. Napoleon, al salir de Burgo, había vacilado entre ir contra sus eternos enemigos ó marchar sobre Madrid, partido que adoptó, enviando ocho mil caballos por las llanuras de Castilla, á fin de contener á aquéllos en cualquier movimiento. Por esta razón, ó por órdenes secretas de su gobierno, Moore no dió, en efecto, un paso, cabiéndole el poco honroso papel de testigo impasible de la destrucción de nuestros ejércitos y de los progresos del enemigo, á pesar de las instancias de los pueblos, las juntas y el poder supremo.

Procedía tan funesta inacción de varias causas. Moore era un general distinguido, pero que adolecía de la preocupación entonces común de ser invencibles Napoleon y sus legiones, y cuya imaginación exageraba las proporciones naturales de los reveses. Confiaba mucho en el valor y la disciplina de sus tropas; no así en su movilidad, tanto más necesaria con un enemigo en cuyos triunfos la sorpresa del contrario era casi siempre una condición del plan



concebido. Por lo que hace á los españoles, luego que los contempló de cerca, que vió el estado de sus ejércitos, las rencillas de sus jefes, sus movimientos sin plan ni concierto, le pareció tan perdida su causa que quiso retirarse á Portugal. En dos ocasiones, cuando la derrota de Blake en Espinosa, y la del ejército del centro en Tudela, tuvo ya resuelta la marcha, siendo vanos todos los esfuerzos de Morla y la junta central para excitarle á acudir en socorro de Madrid. Sólo accedió, bien que á su pesar, á los ruegos de Mr. Frere, ministro británico cerca de la junta, y de sir Carlos Stuart, apasionados vivamente de los españoles.

El 12 de Diciembre levantó su campo Moore con ánimo de ir á Valladolid, camino que siguió hasta que unos pliegos cogidos á un oficial francés, muerto en un pueblo, le obligaron á variar, dirigiéndose á Toro y Benavente. Proponiase allegar las fuerzas de Baird, ya desembarcadas y establecidas en Astorga, y en las de la Romana, un tanto rehechas en Leon, para caer sobre Soult antes de que Napoleon viniese contra él. El primero de estos generales se le incorporó en Mayorga el 20 elevando sus fuerzas á veintitres mil infantes y dos mil trescientos caballos: la restante hasta los treinta mil, parte estaba aún en Portugal, y parte en Astorga y Lugo. El general español también se movió en la misma dirección con ocho mil hombres escogidos, precisando á Soult, que columbró el pensamiento, á concentrarse en Carrion. De repente destruyó todos los planes la noticia de que se acercaba Napoleon al frente de numerosas fuerzas.

En efecto, el emperador, después de pasar agitado por mil encontrados pensamientos en Chamartin más días de los que su natural decisión acostumbraba, sabedor de que los ingleses habían emprendido movimiento contra Soult, mandó que se prepararan á la marcha sesenta mil hombres, y partió con ellos el mismo día 22, dejando diez mil en Madrid. Su paso por el puerto de Guadarrama, en medio de un invierno crudo, con nieves y ventiscas, fué sumamente penoso para la infantería y mucho más por consiguiente para los caballos y la artillería. Napoleon tuvo que echar pié á

tierra para animar á los soldados ateridos de frío.

A favor del retraso se difundió la noticia de su marcha por Castilla, bastando ella sola para poner en retirada á ingleses y españoles. Dividieronse aquellos en dos trozos: uno, el de Moore, fué por Benavente, y el otro por Valencia de don Juan, concurriendo el 29 en Astorga. En el primero de estos puntos y en algunos otros de aquellas llanuras tuvieron varios choques con la caballería francesa que fueron á ésta funestos por haber caído en un prisionero el general Lefebvre, que tanto había figurado ya en la campaña española.

La Romana concurrió allí también el día siguiente, habiendo tenido que abandonar precipitadamente á Leon por haber sido sorprendida su segunda división en Mansilla de las Mulas, quedando casi toda prisionera del general Franceschi.

Esperábase generalmente que, reunidas todas aquellas fuerzas, se situarían ventajosamente en la áspera cordillera que separa el llano de Astorga del territorio del Bierzo, para detener en su marcha á los franceses. La Romana lo deseaba, y empleó consejos y ruegos para lograrlo del general inglés; pero éste fiaba poco en la disciplina de los españoles y la de sus tropas, y por otra parte él mismo iba demasiado poseído del terror que generalmente esparcía el nombre de Napoleon. Prosiguieron, pues, la retirada enviando á los españoles por Fucecabadon, el camino más ágrío, y marchándose los ingleses por el de Manzanal, que se hallaba en muy buen estado, á excepcion de un cuerpo de tres mil que siguió el camino de aquéllos para embarcarse en Vigo.

Resultó de esto la casi disolución de la gente de la Romana. Viéndose á las órdenes de caudillos para ella desconocidos, por haber muerto casi todos los que la habían conducido hasta las Provincias Vascongadas, desamparó en gran número sus banderas. Dejose también á las divisiones marchar á su albedrío, de suerte que la primera, al mando del coronel Rengel, fué cortada y en gran parte prisionera el 1.º de Enero en Turienzo de los Caballeros. La Romana mismo se adelantó solo con el estado mayor



metiéndose en Valdeorras, donde se paró á reunir los restos de su desparramado ejército. Después estableció su cuartel general en la Puebla de Tribes, ocupando el puente de Bibey sobre el Sil para asegurar la retirada si continuaba la persecucion.

Salvóles tan sólo de la total destruccion el atraer casi exclusivamente la atencion del emperador el ejército de Moore. Partido éste en tres cuerpos y una reserva, llegó el 2 de Enero á Villafranca de Vierzo, haciendo marchas esforzadísimas, que aumentaron el desórden y la desmoralizacion que se habia pronunciado en sus filas al emprender el movimiento retrógrado desde Sahagun. En Valderas, en Benavente, en Bembibre, habian dejado huellas vandálicas de su paso, destrozando edificios, maltratando á las personas, cometiendo, en fin, todo linaje de excesos en la embriaguez á que se entregaban. Acuchillaba el enemigo á los rezagados, y los que lograban salvarse eran por Moore puestos, para escarmiento, á la vanguardia: vana leccion para el soldado inglés, cuando se ve mal asistido, descalzo y con escaso alimento, y cuando el mismo general en jefe daba el ejemplo del desconcierto y la disolucion. Los bagajes, las municiones, todo marchaba á la discrecion de sus conductores, en un completo abandono.

Napoleon, llegado á Astorga el 1.º de Enero, habiendo recibido noticias alarmantes de Austria, y viendo el estado en que marchaban los ingleses, se detuvo, creyendo suficiente para conseguir su derrota total el mandar tras ellos á sus mariscales. Soult fué enviado con veinte mil infantes y cinco mil caballos; las divisiones de Loison y Hendelet le siguieron, y Ney las cubria con diez y seis mil hombres. Moore contaba sólo diez y nueve mil para contrarestar tantas fuerzas.

Alcanzáronle las de Soult cuando se hallaba en Villafranca de Vierzo, y acometieron al destacamento que para proteger su retirada habia situado en las cercanías de Cacabelos. La primera embestida fué de la caballería, y pereció en ella su general Colbert: la segunda, que debia ejecutar con su division de infantería el general Merle, se detuvo por haber observado

en la altura del ribazo que el enemigo ocupaba una batería, y que la noche aceleraba sus pasos.

Apresuróse con esto Moore á abandonar á Villafranca, pueblo que aún recuerda hoy con espanto los estragos que causaron aquel dia sus soldados en haciendas y personas. Los castigos no bastaron á reprimirlos, porque, como ya lo hemos dicho, el general en jefe era quien daba el ejemplo del desórden. En aquella travesía de diez y seis leguas hasta Lugo, la retirada no fué sino una dispersion en que todo andaba confundido, los regimientos, la artillería, los bagajes. Perseguido por su propio terror, más que por los enemigos, llegó al extremo de inutilizar, porque no cayese en su poder, un convoy de armas y vestuario que halló en el camino, venido de Inglaterra para la Romana, arrojar por un despeñadero ciento veinte mil pesos, abandonar cañones y desamparar á los infelices heridos y enfermos. «Por sombrías y horrorosas que sean las relaciones que de aquella retirada se hayan hecho, ha dicho un general inglés testigo, aún no se asemejan á la realidad.»

Ya en Lugo, pareció que Moore queria aventurar una batalla, porque, se le vió posesionarse de una ventajosa posicion á legua y media antes; pero no tenía por objeto sino engañar y entretener al enemigo, porque, habiéndose informado de las dificultades que ofrecia la travesía al puerto de Vigo, donde le esperaba su escuadra, habia ordenado á ésta que pasase á la Coruña, adonde él continuaria su retirada. Así es que despues de haber pasado los dias 6, 7 y 8 para dar tiempo, á la vista de los franceses, en pequeñas escaramuzas de reconocimiento, sin atreverse Soult á atacarle por venir el grueso de sus tropas retrasado, levantó su campo en la noche del último, dejando encendidas unas fogatas para engañar al enemigo. Pudo de este modo llegar á la Coruña sin más contratiempo que el de un recio temporal de lluvias, que aumentó el desórden de la marcha y los excesos de la soldadesca.

Pero, no habiendo llegado todavía á aquel puerto los trasportes de Vigo, fué inevitable librar la batalla que, desaprovechando ventajoso-



sisimas ocasiones, se habia eludido en toda la retirada, cuando la tropa no estaba aún tan desmoralizada. Tomaron los ingleses posicion, no en el mejor punto, por exigir más gente de la que tenían, sino en otro que, si bien dominado por várias alturas, estaba al abrigo de la plaza. Los franceses se presentaron á su vista el 12; mas no cruzaron el puente cortado del Burgo, que les separaba de sus contrarios hasta el 14, en cuya tarde entraron en la bahía los trasportes de Vigo con los tres mil hombres que se habian separado de Fucebadon y que sin obstáculo llegaron á embarcarse. Un rayo de esperanza iluminó á su vista el ánimo angustiado de Moore, contando ya con poderse guarecer en sus buques sin perder más gente, y salvar su honra de una derrota en que creia fundadamente. Al punto hizo embarcar los enfermos y los heridos y la artillería, dejando sólo en tierra doce piezas por si se empeñaba la accion. El resto del ejército debia embarcarse en la noche del 16, si no le hubiese obligado á pelear un movimiento general del enemigo.

Principió la batalla á eso de las dos de la tarde contra la derecha de Moore, que cejó al pronto, pero recobró luego su posicion, aunque á costa de mucha sangre. Corrió el fuego á toda la línea, cayendo en breve gravemente heridos Baird y el general en jefe, que murió á las pocas horas. Sus tropas siguieron, no obstante, peleando con tal denuedo, que llegaron hasta la reserva en persecucion de los dragones franceses desmontados, muy cerca de la altura en que Soult habia hecho colocar una batería de once cañones. Entusiasmada con su ejemplo, empezó á avanzar toda la línea; pero contuvo sus pasos la noche, quizá libertando á los franceses de una derrota, aunque superiores en número y en estado moral sus filas.

Hoppe, sucesor de Moore en el mando, no quiso arriesgar una segunda batalla ni variar el pensamiento de su malogrado jefe, y por la noche embarcó toda su gente, protegiéndole generosamente los vecinos de la Coruña. Cuando los franceses lo observaron por la mañana, avanzaron apresuradamente á la altura de San Diego algunos cañones, que rompieron el fuego tardío contra los trasportes. Algunos, sin

embargo, tuvieron que picar los cables, y otros fueron quemados.

De esta suerte concluyó la expedicion de Moore á España. No falta quien le haya disculpado con calor de su primera inaccion y de su larga retirada despues á través de un país ventajosísimo para la defensa. No citarán un solo hecho de toda aquella campaña que corresponda á la excelente organizacion de sus fuerzas y que ilustre su nombre. Sólo su último dia rescató en algo la honra de jefes y soldados.

La Coruña, no preparada por descuido para la defensa, capituló el 19. El Ferrol, por la misma razon, tampoco opuso resistencia, pues si las autoridades, por miedo al pueblo, respondieron negativamente á las intimaciones de Mermet, el 26, al verle apoderarse de los castillos de Palma y San Martin, nadie se opuso á capitular. No sorprendió su rendicion generalmente en el curso malaventurado que la campaña llevaba: lo que indignó á todo el país en ambos casos fué que en la capitulacion prestasen homenaje al intruso las autoridades militares, civiles y eclesiásticas; acto político que en un tratado puramente militar podia muy bien haberse excusado. Era el primer reconocimiento que la revolucion tributaba al usurpador, y por eso los clamores públicos se levantaron á condenarlo con energía, y la junta central acusó duramente de su debilidad á los autores.

Con esto, que produjo universal disgusto en Galicia; con haberse retirado la Romana del puente de Bibey á Orense y situándose en disposicion de meterse en Portugal apenas se vió amagado por el general Marchand; y con haberse corrido Ney hácia Tuy, como luego veremos, cuando Soult se internó en Portugal, quedó todo aquel antiguo reino sometido en la apariencia á los vencedores.

Napoleon, separado en Astorga de sus ejércitos, se fué á Valladolid á tomar la ruta de Francia. Allí tuvo la crueldad de condenar á muerte á un adobador de pieles con dos de sus criados en castigo de los asesinatos cometidos en su tropa por las calles, sin haberseles probado que ellos hubieran sido los perpetradores. Apareció la ilegalidad más inicua habiendo ajusticiado á los dos infelices criados, y perdonado á su